

Conferencia 7

*Nuestras teorías científicas son **instrumentos** por medio de los cuales tratamos de establecer un cierto orden en el caos en que vivimos, de manera de hacerlo fácil de predecir racionalmente*

Karl Popper: En busca de una teoría racional de la tradición.

¡Oh Solón, Solón!, vosotros, griegos, sois siempre niños. . . No poseéis aún ciencia que, por efectos del tiempo, haya llegado a ser antigua. . . En cambio, en este país (Egipto) . . . lo que es transmitido, se considera que sea lo más antiguo que exista (PLATÓN, Timeo, 22b., 23).

Objetivo:

Mostrar los primeros pasos en la historia de la filosofía y cómo estos condujeron a las paradojas de la razón, señalaremos también el paralelismo y las relaciones entre estos procesos cognitivos y los sociales.

Hemos estudiado cómo en la época de la comunidad primitiva no había surgido aún la división de la sociedad en clases, como mismo en el mito no se observaba aún la división entre el alma y la materia, lo empírico y lo práctico y el resto de las categorías estudiadas, hecho ya culminado en nuestros días. Nos corresponde ahora entonces estudiar el proceso que conduce desde la comunidad primitiva y el mito hasta la instauración de la sociedad dividida en clases y la separación extrema entre las categorías.

El mito, ya lo hemos dicho, es también un trabajo de síntesis, o más bien el resultado de una síntesis. Dicha síntesis había conseguido ya en la antigua Grecia ordenar los elementos de los personajes del cosmos en una gran y única familia cuyos primogénitos eran unos pocos personajes primarios, cuya posterior combinación engendraría paulatinamente al resto de los personajes del mundo griego. Esta genealogía era el resultado de una obra anónima genial, sin embargo la síntesis no se detuvo en este punto sino que diferentes tradiciones mitológicas buscaron la manera de derivar de un solo

personaje principal a todo el resto de la familia, tal como se observa en el apéndice de la clase 6.

Así hubo tradiciones que partían del agua, otras de la tierra y otras del caos primigenio. Aquí estábamos cuando los hombres comenzaron a perder el miedo a reflexionar libremente sobre estas cuestiones, y a eliminar de las leyendas mitológicas todo lo que fuera incoherente con el resto de las partes.

Incoherente era la coexistencia de diversas genealogías mitológicas, dándose el caso por ejemplo, que mientras en una el elemento A era el padre de B, en la otra sucedía lo contrario. Se hacía propicio encontrar una síntesis menos disparatada cuando los pueblos que manejaban cada una de estas diversas tradiciones comenzaron a integrarse.

Una de las primeras propuestas conciliadoras era considerar que 4 o 5 elementos fueran primarios al mismo tiempo: agua, tierra, fuego, aire y a veces éter. El próximo paso de interés fue apreciar que cada uno de estos primeros elementos podía generar a todos los otros, directa o indirectamente, y esto solo es posible si todos ellos comparten algo en común, algo que estaría subyaciendo y que sería entonces primario a ellos.

Esto condujo a considerar que solo uno de estos 4 o 5 elementos fuera el primario, y que los otros se derivarían de este a través de sucesivas modificaciones. En este punto del análisis se encontraba Tales de la ciudad de Mileto, uno de los primeros pre-filósofos recogidos por la historia. Un paso más allá su compatriota Anaximandro descubría lo absurdo de considerar que solo uno de estos elementos fuera el primario.

Este hombre, que era como Tales un griego de las costas de Asia menor, hace un análisis sobre la cuestión de la frontera o límite. Una frontera tiene por naturaleza dos caras, así que si existía para delimitar a un elemento, debía por necesidad estar delimitando también a otros elementos al otro lado de la frontera. Por tanto si aceptamos que definir es lo mismo encontrar la frontera que delimite a un elemento de otro, entonces es claro que una sustancia definida, como son el aire, fuego, tierra etc. no podía ser el elemento primigenio, pues si no tendría que compartir el primer puesto con aquello que estuviera más allá de las fronteras, es decir el resto de los elementos. Así que el primer elemento debería ser obligatoriamente uno sin fronteras, es decir indefinido, sin límites, y ese es precisamente el significado de la palabra apeiron en idioma griego antiguo, nombre que se le dio a este nuevo elemento que nadie había nunca visto. Es como si en español le llamáramos: la in-delimitada, o mejor: la in-finita.

A diferencia de todos los otros como el agua, la tierra, el fuego etc. al Apeiron no es posible distinguirlo con ningún sentido. Esto lo hacía incomprendible para muchos que por ser tan simples de mente solo eran capaces de concebir aquello que podía ser percibido por algún órgano sensorial, pero para aquellos que pensaban un poco, era mucho más incomprendible que el primer elemento fuera uno de los de-limitados. Resulta que ahora el primer elemento, el más básico y esencial, el padre de todos los otros, podía ser concebido solo a partir del intelecto, no de los sentidos ¿No ocurre acaso esto mismo con los primogénitos de una genealogía, que no pueden estar presentes a la sensibilidad por estar ya muertos, y sin embargo podemos saber de ellos a través de las historias que nos cuentan? ¿Por qué no podría ocurrir lo mismo con los elementos de la realidad? La única diferencia era que los abuelos alguna vez fueron apreciables por alguien a través de los sentidos, y puede que hasta alguna huella nos quede de su existencia, pero el apeiron no había sido visto nunca por nadie, así que el medio exclusivo para llegar a ellos era intelectual: mediante la búsqueda de la causa de lo presente.

Como ya vamos acostumbrándonos a que suceda, estas soluciones fueron generando a su vez nuevos problemas. Ahora que el apeiron se había convertido en la historia más creíble, surgía la duda de cómo ese primer elemento engendraría al resto de los otros. Los partidarios del apeiron decían que probablemente unos torbellinos habían hecho girar a este hasta desprender de él a los elementos contrarios según sus cualidades, yendo a parar los más ligeros, como el aire y el fuego, hacia el exterior, y la tierra y el agua hacia el centro. Era una ingeniosa salida, pero algunos comprendieron luego que los torbellinos o la causa de estos era un elemento externo que no había nacido del apeiron sino primero o parejo con este, puesto que no se explicaba como el apeiron podía generar los torbellinos mismos. ¿No hubieran sido necesarios torbellinos previos para generar torbellinos? Esto es evidentemente contradictorio por donde quiera que se mire. Comenzaba así la discusión aún no concluida acerca de la causa primera del movimiento.

Las anteriores discusiones fueron llevadas a cabo por los griegos que habitaban las colonias del Asia menor hacia el siglo VI antes de nuestra era. Otros continuaron esta obra desde otros puntos del orbe.

Por ejemplo los pitagóricos, griegos también de la misma época. Los integrantes de esta escuela de motivo místico religioso, basaron sus especulaciones en el descubrimiento de

la existencia de modelos matemáticos perfectos cuya demostración era puramente intelectual, tal como son los teoremas de la geometría que no precisan de mediciones para llegar a una certeza absoluta. Todo parecía indicar que cada objeto de la realidad pudiera ser comprendido como una mezcla de varios de estos modelos matemáticos simples, de la misma manera que la espiral parecía algo muy complicado hasta que entendimos que consistía en la unión de un movimiento circular y uno recto. Lo mismo sucedía –suponían ellos, con cada figura, cada movimiento e incluso cada melodía, estas podían ser reducida a una suma de figuras elementales, en cuya base estaban los números. Y los números y sus relaciones eran perfectos, universales y bellos.

Sin embargo muchas dificultades se les presentaron a los miembros de esta escuela, para explicar por ejemplo cómo a partir de números, entes adimensionales y sin peso, podían formarse los objetos de la realidad que contaban evidentemente con estas cualidades. Una momentánea solución consistió en asumir que los números sí tuvieran dimensión y peso, aunque muy pequeño. Pero igualmente otros problemas más temibles se erizaban por ese rumbo: Si los números no eran más que figurillas semejantes a piedrecitas perfectas ¿Cómo era posible que cupieran infinitos de ellos en un simple segmento de recta? ¿Cómo explicar además, con estas diminutas canicas, el espinoso problema de los números irracionales que surgían por ejemplo al intentar calcular la hipotenusa de un triángulo recto con los dos catetos iguales? Por si esto fuera poco, estaba rondando el asunto del origen del primer número, el Uno. Si este número básico a partir del cual todos los demás se forman era finito, entonces junto a él había algo más compartiendo el puesto de elemento primario, si infinito entonces era imposible que se formaran elementos finitos a partir de él.

Otra escuela, la de los eleatas, toma la antorcha en la colonia griega de Elea en la península Itálica, donde vivía refugiado Pitágoras, y continúa por otros rumbos. Los eleatas fueron los primeros en separar como métodos estrictamente diferentes al proceso de conocimiento que ocurre a través de los sentidos, de aquel que se realiza a través de la razón. Pensaban ellos que esta rigurosa cirugía era la única manera de liberarse de los enredos en que cayeron aquellos que intentaron encontrar el principio de todos los elementos. La idea esbozada era que los sentidos solo nos permitían un conocimiento superficial y mudable, por tanto no era posible afirmar nada con absoluta certeza afirmándonos en ellos, ni siquiera esto mismo que acabamos de decir; mientras que el método racional, nos daba verdades infalibles y universales. Por método racional

comprenderemos en este primer momento a aquel que deriva de un grupo de premisas, un grupo de conclusiones, a través de un procedimiento en el que cada paso se derivaría necesariamente del anterior. Las matemáticas ya venían practicando estos métodos convertidos en filosóficos por Pitágoras y los eleatas.

Si alguna vez la razón y los sentidos no coincidieran, los sentidos tendrían que retirarse, pues la razón no puede ser negada sin negar a su vez la posibilidad de negarse. Esto es como decir que la razón no puede negarse a sí misma, pues sin razón no habría ningún punto de apoyo firme, ninguna buena razón para desmentir a la razón.

Los eleatas determinaron entonces a través de la razón, que si había un elemento primario, y debía de existir uno por necesidad para que los otros existieran, se deducía de ello que de él no podría ser engendrado otro que él mismo, y que por tanto ese elemento tendría que ser único. Como no cambia ni se mueve por no haber otro que él y nadie que le impulse a moverse, debía ser entonces inmutable, incorruptible y en consecuencia eterno. Luego también deducen racionalmente que debía ser infinito, pues si tuviera frontera no fuera primario, como explicamos más arriba. Resumamos: este elemento al que ellos llamaron Ser era para ellos primario, pero a la vez único, infinito, incorruptible, inmutable y eterno.

Estas cualidades citadas anteriormente también se le asignan a Dios en la religión cristiana y en otras, sin embargo mientras en aquellas esto se conoce a través de vías que no pueden ser fácilmente comprendidas, como la revelación, en la filosofía eleática en cambio se llega a estas cualidades mediante un razonamiento indubitable.

Según estos razonamientos el Ser era a la vez estéril, de él nada podía engendrarse, no se mueve y está solo en el mundo. Pero entonces ¿De donde vienen tantos objetos diversos y esta impresión que tenemos de que todo se mueve? Los eleatas propusieron que, si de manera indubitable y según razón no es posible el movimiento, este debía ser entonces un **error** de los sentidos, algo así como una ilusión óptica. Un error puesto que si los sentidos dicen algo en contra de la razón, son ellos los que necesariamente deben estar equivocados, como ya se explicó.

Esta era una drástica afirmación pues era como decir, el mundo está dividido radicalmente en dos bandos: por una parte los que pensamos con razón y sabemos que nada se mueve pese a lo que nos digan los sentidos, además podemos explicar nuestras convicciones; y por la otra aquella gran mayoría que se guía por los sentidos pues no

son capaces de hacer razonamientos lógicos, y no pueden defender con necesidad su propuesta. Era el extremo de la división entre lo empírico y lo teórico. Todavía quedan hoy muchas huellas de aquel paso que dieron los griegos separando la razón de los sentidos.

Es interesante analizar cómo mientras en la primera época de la filosofía griega, aquella de los sabios provenientes del Asia, la gente común podía todavía seguir las huellas de sus reflexiones pues estas trataban sobre cuestiones cotidianas de la vida de personas comunes y simples. Poco a poco sin embargo los filósofos se devinieron en seres oscuros que se expresaban en un lenguaje comprensible solo para iniciados. Su interés se fue desplazando hacia la especulación lógica, teológica y/o científica, y de esta manera de hacer filosofía no se derivaba ninguna moraleja aplicable a la vida.

Mientras más universal se hacía y más intelectual, la filosofía se volvía a su vez menos humana. Esto parece que podemos relacionarlo con el proceso de división en clases cada vez más distantes que estaba sucediendo en la sociedad griega. El poder fue concentrándose de manera exclusiva en las manos de unos pocos que podían con gusto dedicarse a cuestiones filosóficas, pues pocas preocupaciones prácticas les apremiaban, mientras que el resto tenía la impronta de trabajar como animales, sin poder dedicar tiempo a cuestiones “espirituales”. Cada vez era más amplia en fin la brecha entre los que trabajaban y los que pensaban, y esto tenía repercusiones inmediatas sobre la manera de hacer filosofía. En otras regiones el poder al concentrarse cayó en una sola mano, y esto hacía ya imposible la discusión abierta imprescindible para filosofía, pero en Grecia el poder se concentró hasta un límite, quedando un grupo relativamente grande de hombres libres y un ambiente de diversidad propicio a los debates filosóficos.

Continuamos con los eleatas. Entre ellos se destacó un hombre de nombre Zenón, famoso por sus paradojas. La palabra paradoja significa en griego contradicción. Zenón no propone nada en sus discusiones. Su método consistía en dar por cierto el discurso de sus adversarios (aquellos que planteaban la existencia del movimiento), y extraer de este todas las afirmaciones que pudieran derivarse necesariamente. Si se llegaba a una contradicción, o sea a una paradoja, significaba que la premisa estaba errada. Este método es conocido hoy como reducción al absurdo.

Una de las más famosas paradojas es la de “Aquiles y la tortuga”, el problema está expresado bajo el manto de una historieta que lo hacía más asimilable. Esta dice así: Aquiles, el de los pies ligeros, quiere alcanzar a una tortuga de la cual le separa cierta distancia, la tortuga a su vez se mueve en el mismo sentido y dirección de Aquiles, pero mucho más lentamente. Según nuestros sentidos, Aquiles debía en algún momento alcanzar a la tortuga, sin embargo, siguiendo la razón esto era imposible. El asunto está relacionado con el de la divisibilidad al infinito que estaba de moda en la Grecia de entonces.

El espacio entre Aquiles y la tortuga debía ser o infinitamente divisible, y por tanto continuo o no infinitamente divisible, y por tanto discontinuo. Si el espacio era continuo, entonces Aquiles, para llegar a la tortuga debía llegar hasta la mitad, pero para llegar a la mitad debía llegar a la mitad de la mitad y así hasta el infinito. En un espacio infinitamente divisible, es decir continuo, la menor unidad de espacio vale cero, y la suma de estos espacios iguales a cero, es cero. En otras palabras ni la distancia más corta podría ser cubierta sumando estos infinitesimales, y Aquiles nunca alcanzaría a la tortuga.

Si en cambio el tiempo fuese no infinitamente divisible, es decir, discontinuo, entonces Aquiles debería aparecer en uno de los cuantos espaciales, desaparecer y luego aparecer en el próximo. Es decir que el supuesto movimiento sería una suma de momentos estáticos. En cualquiera de los dos casos el movimiento sería imposible, por tanto aunque lo viéramos ante nuestros ojos tendríamos que dudar de él por que nuestra mente nos dice que de manera necesaria no es posible.

Todo parecía cuadrar de maravilla en la propuesta eleática, salvo que su idea del Ser puro no permitía explicar cómo y por qué los sentidos no lo aprecian tal y como él es, ni nos facilitaba con su apoyo mejorar o cambiar un ápice nuestras vidas, así que era una filosofía puramente especulativa, útil solo para recrearse en su admiración, pero sin importancia práctica evidente.

Sin embargo una teoría que pretende explicar lo que es, debe poder explicar también la confusión que nos lleva a tomar lo que no es por lo que es. Por ejemplo la teoría de la relatividad incluye a la física newtoniana como un caso particular, significa esto que puede explicar por que esta física llega a unos determinados resultados, de acuerdo a unas determinadas condiciones de laboratorio. Pero el Ser de los eleatas no daba esta opción: o se le entendía con la razón y entonces entendíamos al Ser como un todo

compacto, o se erraba radicalmente y sin explicación alguna no captando nada de él; o todo o nada. Esto la hacía muy poco práctica, como hemos argumentado.

Tal situación estimuló a otras escuelas a proponer, sin abandonar totalmente las magnificas conclusiones de los eleatas, modificaciones a su teoría que permitieran explicar aquello que percibimos por los sentidos, y especialmente el movimiento. Así fue como Demócrito ideó su teoría acerca de los átomos. Átomo significa en griego indivisible. Demócrito pensó que la mejor manera de explicar el movimiento era concibiendo la existencia de unos micro Seres, es decir pequeños cuantos de Ser inmersos en la nada. La Nada es lo que no es Ser, y como el ser lo es todo entonces la Nada no es nada. Con este razonamiento los eleatas habían negado la existencia de algo junto al Ser, puesto más allá del Ser solo podría haber Nada, es decir no había nada. Si Nada hay entre Ser y Ser, entonces el Ser es continuo, y no discontinuo como pensaba Demócrito. Sin embargo este último propone la tesis atrevidísima de que la Nada es algo, y por tanto podía ubicarse entre un cuanto y otro de Ser. Aceptar esta inconcebible y contradictoria propuesta acerca del ser de la Nada, era la única manera de mantener con vida la hipótesis eleática, que tambaleaba pero aún era la mejor. En la historia del conocimiento abundan los ejemplos de casos en que se renuncia o sacrifica una parte de una teoría por salvar el resto.

Con dicha modificación, ahora sí era posible explicar el movimiento, y se aliviaba el conflicto con los sentidos. El movimiento podía entenderse como la traslación de los átomos en el vacío, es decir, en la nada. Cada cuerpo podía ser comprendido como una reunión de átomos, y la muerte o la ruptura como una separación de ellos. No había, según los atomistas, otra causa del comportamiento del mundo que el movimiento de los átomos en el vacío. Por esta razón algunos filósofos posteriores los consideran como los primeros materialistas, pues renuncian a causas extranaturales para explicar los procesos naturales, pero aquellos que se apresuran a llamarle materialistas, no tienen en cuenta que los atomistas aceptaron el ser de la Nada, que es también uno de los fundamentos del idealismo.

Por otra parte la teoría atomista se volvía un rollo para explicar la causa de la atracción y la repulsión entre los entes de la naturaleza, pues necesariamente aquello que es Ser, y por tanto completo en si mismo, no precisa de nada, y no estaría interesado en reunirse con nadie. Demócrito hablaba de ganchos en la superficie de los átomos que trabarían a unos con otros, y esto permitía explicar por qué los átomos permanecerían juntos una

vez acercados unos a otros, pero nada decía de cómo eran posibles fenómenos tan comunes como la atracción y la repulsión. Tampoco podía dar cuenta de la causa última del movimiento.

Los atomistas fueron los primeros en intentar diferenciar en un objeto las cualidades primarias, es decir aquellas que no dependen de los sentidos, tal como la existencia de los mismos átomos, de las cualidades secundarias: aquellas que si dependen de cómo está el observador posicionado. Encontrar qué depende y qué no depende de los sentidos ha sido una afanosa tarea de la filosofía y luego de la ciencia, se trata de hallar la verdad absoluta con la cual todos los hombres concordaríamos.

Ante las dificultades del atomismo surgen otros candidatos a primeros principios. Por ejemplo Empédocles, otro filósofo griego del siglo V, en oposición completa a Demócrito consideraba que el principio de todo lo que es, era precisamente aquello que faltaba a los atomistas, es decir, las fuerza que hacían a los elementos unirse (el Amor) y separarse (el odio). El Amor hace a todas las cosas fundirse en una y la misma cosa. Una vez reunidos el Odio se encarga de enemistar y separar los elementos que luego serían una vez más reunidos por el Amor y así de manera cíclica. En clases pasadas estudiamos el paso de la unidad a la multiplicidad y de esta a aquella como momentos en el proceso del conocimiento, uno sucedía al otro como en un proceso cíclico, tal como lo veía Empédocles. Claro que con su Amor y Odio Empédocles muy poco explicaba. Su propuesta era muy incompleta, pero interesante en cuanto llamaba la atención sobre la necesidad de buscar una explicación a estos procesos de atracción y repulsión que habían sido olvidados con el avance de la filosofía, aunque su presencia era constante en el Mito.

Por otro lado tenemos a Anaxágoras, también filósofo griego del siglo V antes de nuestra era. Para él el primer principio de todas las cosas era una especie de inteligencia divina. Se apoyaba para ello en la observación de que todas las cosas parecen como ordenadas en función de un fin, como si un ser con inteligencia estuviera disponiendo cada objeto de la realidad, cada proceso etc. de tal manera que tendiera al mejor fin posible.

Esa inteligencia divina convivía con los 4 elementos clásicos mencionados siempre por los griegos. Sin embargo la concepción de Anaxágoras acerca de los 4 elementos es más

rica que la de sus predecesores pues consideraba que cada uno de estos estaba formado por semillas de los otros. Por ejemplo un pedazo de carne debía tener en su interior pedacitos de pelo y de hueso etc. y esto explicaba cómo aunque no comiésemos habitualmente ni uñas, ni pelo, ni hueso etc. podían crecer estas partes del cuerpo con solo alimentarse de carnes y vegetales. Si algún elemento lucía por ejemplo como el oro, era por que allí predominaba ese material, pero en menor cantidad estaban allí todos los otros elementos, incluido semillas de pelo y de hueso. Según él esto iba a suceder siempre por muy pequeño o aparentemente puro que fuese el pedazo escogido, su propuesta anticipa de esta manera la idea de los fractales redescubiertos a fines del siglo pasado. Con esta propuesta era posible concebir la aparición de lo nuevo, sin tener que explicar cómo a partir de un elemento podían generarse otros diferentes de él, que era lo más difícil de comprender para el pensamiento griego. Con Anaxágoras no había generación alguna, en su lugar todas las diminutas semillas ingeridas de un elemento específico, por ejemplo de grasa irían a juntarse en un objeto donde predominarían estas semillas, y al cual llamaríamos con este nombre, por ejemplo tejido grasa. Se evadía así el problema de explicar como un elemento cualquiera se “convertía” en grasa, o cómo la grasa se “convertía” en otro elemento cualquiera.

Resumamos

Con la intención de hacer coherente la información que se va generando en el proceso cognitivo, los hombres de la antigüedad recurrieron a ordenar todos los entes conocidos a partir de primeros principios simples, que se irían mezclando en las sucesivas generaciones. Los mitos empezaron esta obra pero su prestigio les hacía refractarios a rectificaciones que hubieran podido erradicar sus discordancias internas. Cuando después de siglos de pequeños avances finalmente fue posible al hombre discutir sin miedo acerca del mito, se procedió entonces a eliminar de este las partes más incongruentes con el resto.

Las paradojas de la razón

Fue una gran sorpresa para los pensadores griegos cuando luego de eliminar las incoherencias superficiales se encontraron con contradicciones mucho más difíciles de evadir pues eran intrínsecas y no externas, se trataba de las paradojas de la razón. A diferencia de las discordancias que encontraron en el mito, las cuales eran casuales y

propias de una circunstancia específica, estas paradojas de la razón son como la razón misma: universales, y van a resurgir en cualquier lugar donde un ser comience a pensar, no importa cual alejada esté su galaxia. Estas paradojas estarán presentes siempre que intentemos ser consecuentes hasta el final con una reflexión, más vale entonces tenerlas en cuenta para saber cómo afrontarlas cuando aparezcan. No se piensa bien si no se conocen los límites del pensamiento, como no se dispara bien si no se conocen las limitaciones del arma que usamos.

Las paradojas que hemos estudiado son:

- Aquella que habla acerca de la imposibilidad de que el principio de todos los entes fuese uno o múltiple, o ambas cosas a la vez.
- La que refiere a que el espacio no puede ser ni continuo ni discontinuo, y los elementos no pueden ser ni divisibles hasta el infinito ni indivisibles a partir de cierta dimensión, ni ambas cosas a la vez.
- La que concluye que los elementos últimos no pueden ser ni dimensionales ni adimensionales, ni ambas cosas a la vez.
- La que encontramos cuando comprendemos que el movimiento no puede ni ser ni dejar de ser, ni ambas cosas a la vez.

Todas estas propuestas condujeron a los primeros pensadores a callejones sin salida. Pero eso no paralizó el pensamiento sino que lo obligó a buscar nuevas salidas. Los primeros principios propuestos se fueron sustituyendo por otros más sofisticados, más reflexivos, más intelectivos y en fin más profundos, más serios y más difíciles de rebatir. Sin embargo a la larga cada una de estas propuestas resultaba también insostenible y era preciso suplantarla nuevamente para poner en su lugar un nuevo principio momentáneamente menos contradictorio que al anterior.

Comparando el proceso del conocimiento

Podemos comparar el proceso del conocimiento con un árbol cuyas ramas crecen y crecen ampliando las áreas de estudio, sin embargo este crecimiento hacia arriba debe ser compensado por una profundización de sus raíces en busca de principios más recónditos, que es uno de los trabajos de la filosofía. Solo así es posible evitar que el árbol completo caiga si la copa llega a ser más alta que profundas las raíces.

Esta raíz creciendo hacia abajo, recuerda la forma de una espiral, en el sentido que siempre retorna al punto de inicio pero desde una posición más rica y compleja, es decir más profunda, aunque a la vez más simple. ¿Contradictorio, no?

El olvido de lo humano como motivo central de interés.

Por otra parte vimos también como de una sabiduría de corte popular y humano, que estaba presente en el mito, que tenía por fin hacer la vida más digna de ser vivida, y hermosa la existencia del hombre común, poco a poco la filosofía se fue transformando en una reflexión que nada tenía que ver con la cotidianidad de las personas, por ejemplo con los sentimientos, con los valores, la cultura etc. Pudimos apreciar como este cambio de interés estaba estrechamente relacionado con una estructura de poder clasista que poco se iba imponiendo en esa sociedad.

Esquivando el asunto de la generación de lo nuevo

Apreciemos finalmente cómo a partir de los eleatas, la filosofía renuncia a la generación, esta había sido superficialmente tratada por el mito como una metáfora de la reproducción humana, pero era realmente difícil de explicar como dos o más elementos se reúnen para engendrar un tercero diferente a ambos y que no sea la suma de los elementos que lo integran. Los atomistas con sus micro Seres, Anaxágoras, con sus semillas de todas las cosas y otros muchos no mencionados, tratan de dar la vuelta al asunto para evitar este espinoso problema. En la próxima clase veremos como un hombre de sabiduría singular da los primeros pasos en este sentido, pero su idea no fue retomada por los griegos sino que es Hegel y luego Marx quienes recurren a él. (Aunque hubo algunos místicos medievales que llegaron a las mismas ideas que este pensador antiguo)

Cuestiones más importantes

- No es lógico que existan simultáneamente varios principios, si existen varios es por que hay uno anterior a ellos. Por otra parte elementos absolutamente diversos no podrían interactuar ni derivarse unos de otros, pero el agua, la tierra etc. si lo hacen, por lo que debemos sospechar que en ellos hay algo en común: un principio del cuál estos surgieron. Por estas u otras razones los hombres que

pensaron sobre estas cuestiones renunciaron a la idea de varios principios simultáneos, creyendo que el principio debía ser uno solo.

- El primer principio debía ser indeterminado, pues si no, tendría que compartir el primer lugar con aquellos que están más allá de sus límites, y entonces ya no sería un primer principio. Por ello se renuncia a los elementos finitos como la tierra el aire etc. como candidatos a ser el ente primario, y aparece la idea que este debía ser indeterminado, por eso le llamaron el Apeiron.
- El apeiron es apreciable solo a través del intelecto, no de los sentidos. Comienza a asociarse así lo más importante, lo esencial, lo primero, exclusivamente con el intelecto, hasta que un día por este camino se llegue a la conocida expresión: lo esencial es invisible para los ojos.
- Una vez que hemos llegado a un principio único, lo difícil es pasar de aquí a la diversidad ¿Cómo podría generarse algo a partir de una unidad homogénea?
- Para los pitagóricos los números y las perfectas relaciones que estos forman son los principios de todas las cosas. La dificultad surge cuando intentamos explicar el surgimiento de cualidades como la extensión y el peso a partir de entes adimensionales.
- Podemos suponer a los números como figurillas perfectas muy pequeñas pero con peso y extensión distinta de cero, sin embargo esto en lugar de resolver mas bien complica más la cosa, puesto que sería imposible explicar entonces la infinitud de números que caben en un pequeño espacio; y también por la cuestión de los irracionales. Quedaba además por resolver el penoso asunto del surgimiento del Uno, número del que todo parte según los pitagóricos.
- Los eleatas comienzan separando radicalmente la razón de los sentidos, y comprendiendo la imposibilidad de que la razón se niegue a sí misma. Esto los lleva a un ente único, inmóvil, incorruptible, infinito, compacto y estéril: el Ser.
- La filosofía se va complicando, dejando atrás los asuntos de la inmediatez cotidiana para adentrarse en problemas lógicos, físicos y epistemológicos. Es posible relacionar este hecho con el proceso socio económico de división de la sociedad en clases con diferente acceso al poder.
- Zenón utilizó el método de reducción al absurdo para encontrar las paradojas que surgen cuando asumimos la existencia del movimiento.

- En la paradoja de Aquiles y la tortuga como en otras se demuestra que el movimiento no es posible pues este no puede darse este ni en un espacio continuo ni en uno discontinuo, que son las únicas variantes.
- El Ser eleático es tan puro y simple que nada explica, nada resuelve, en nada ayuda a los hombres. Un primer principio debía explicar al menos el origen de la confusión de los sentidos, pero con el Ser no puede hacerse siquiera algo así.
- Aceptando el ser de la Nada, los atomistas construyen una derivación de la filosofía eleática que contaba con micro Seres embebidos en la nada o vacío. Este enfoque era mucho más adecuado para explicar ciertos fenómenos pero no otros, como el de la atracción y la repulsión.
- Hablando de vacío Empédocles llena el vacío que dejan Demócrito y compañía pensando en una causa final para los fenómenos más que en el mecanismo de estos. Él propone que en principio eran el Amor y el Odio. Su propuesta aún recuerda bastante a un mito, pero tiene el mérito de reflexionar por primera vez acerca del ciclo de la unión y la separación como la causa de todo. Luego la epistemología, la ciencia que estudia el proceso del conocimiento, le dará en parte la razón con su ciclo que conduce de lo uno a lo múltiple y viceversa.
- Anaxágoras propone por primera vez que el primer principio es una inteligencia pues así se explicaría el orden, la belleza y la armonía de las cosas, cualidades imposibles de conseguir, según él, con el espontáneo movimiento de los átomos en el vacío, como creían los atomistas. Su idea es continuada por filosofías posteriores.
- También propone la existencia de semillas de todo en todo, que es un intento por evadir la espinosa cuestión de la generación.
- Las paradojas de la razón son universales, muchas veces los hombres de ciencia desconocen estas cuestiones y cuando se enfrentan a ellas se muestran desconcertados. Algo así sucedió cuando se descubrió que el fotón se comportaba a la vez como onda y como partícula, lo cual es contradictorio. Está en juego una vez más aquí la cuestión de la continuidad y discontinuidad.
- A las paradojas hay que “entrarles” de una manera peculiar: ni se les acepta simplemente ni se renuncia a ellas sin más, sino que se les evade constructivamente, proponiendo nuevas soluciones que momentáneamente

resuelvan el conflicto, pero reconociendo de antemano que el problema persistirá eternamente. La búsqueda de solución a las paradojas ha sido uno de los motores de la ciencia

- La búsqueda de los primeros principios es también garantía del avance de la ciencia, es una manera de encontrar cierta coherencia que nos impida ahogarnos en su lluvia de ininterrumpidos e inconexos resultados.